

ejercía el oficio de albeitar. Algunas horas antes de la llegada de *Madama*, un incendio consumió enteramente la casa de aquella pobre familia. El desventurado Bertho, este era el nombre del labrador, se abandonaba á la desesperacion. El veía la casa destruida, sus cortos ahorros enteramente perdidos, y frustrado el casamiento de su hija. M. de Clercy se apresuró á hacer conocer á *Madama* la situacion de aquellos desgraciados aldeanos. La caridad de la princesa fué tan activa en reparar, como el incendio habia sido pronto en destruir. En pocas horas una suscripcion abierta por la duquesa de Berry, cuyo nombre figuraba á la cabeza, se llenó completamente: la cabaña se reedificó, se calmó la desesperacion de Bertho, y los proyectos de matrimonio casi abandonados fueron llevados á efecto. Algunos dias despues, M. de Clercy presentó á S. A. R. todos los felices que habia hecho en aquella ocasion.

El año siguiente (1827) madama la duquesa de Berry volvió tambien á Derchigny. Acompañábalas *Mademoiselle*, y un jóven príncipe que se hacia notar por sus modales tiernos y respetuosos hácia las dos princesas. Era el duque de Chartres. No dejó de chocar su actitud humilde y sumisa, y algunas personas encontraron que hacia descender la atencion del príncipe, hasta la humildad obsequiosa del cortesano.



LIBRO SESTO.

Graves acontecimientos que se efectuaron en el ministerio Villele.—Muerte de Luis XVIII.—Estado de la Francia en aquella época.—La Duquesa de Berry toma el título de *Madama*.—Sirvese de su crédito con el nuevo rey para hacer justicia á las peticiones de la casa de Orleans.—El duque de Orleans Alteza Real.—El decreto de restitucion de sus bienes convertido en ley.—Resistencia de la cámara.—Insistencia de la familia real.—El duque de Chartres recibe el cordón azul.—Los catorce millones de indemnizacion.—Los salones del palacio real se hacen mas hostiles.—Los doctornarios y la fecha de 1668.—El duque de Orleans suscribe por el general Foy.—Anecdota.—Frialdad con motivo del pleito intentado por el duque de Orleans, contra las comunas del departamento de la Mancha.—Carlos X empeña á el príncipe su primo, á renunciar á la instancia.—Regocijos maternales de la Duquesa de Berry.—Niñez del duque de Burdeos.—Sus gustos.—Sus inclinaciones.—Juega á los soldados.—Pasa á las manos de los hombres.—Carta de Madama de Gontaut al duque de Riviere.

Hemos creido deber presentar, sin interrupcion, lo histórico de las visitas anuales de la Duquesa de Berry á la ciudad de Dieppe, dejando á un lado todos los acontecimientos intermediarios, que habrian entorpecido la relacion. Ahora conviene continuar el órden de los hechos, á fin de no pasar en silencio muchos sucesos que no han podido encontrar cabida en este cuadro, y que tuvieron lugar bajo el ministerio de M. de Villele.

El mas grave de estos acontecimientos, fué la

muerte de Luis XVIII acaecida en el mes de setiembre de 1824. Despues de tantas conspiraciones intentadas contra su persona y su poder, moria sobre el trono el anciano rey, que un momento pareció próximo à caer de él; moria despues de haber visto desaparecer aquella espada amenazadora que, desde lo alto de la roca de Santa Elena, aparentaba dirigir siempre su punta hácia el palacio de las Tullerías. La cuna de su sobrino habia preservado, como se ha dicho, antes, su vejez, y cerrando los ojos á la luz habia creído asegurado el porvenir de su raza. Nueve años del reinado de un Borbon habian sido suficientes para curar todas las llagas de la Francia. El imperio se la habia dejado empobrecida de oro y de sangre, y ya estaba próspera y populosa: el imperio se la habia dejado ocupada por numerosos ejércitos, y ahora ella ocupaba un reino vecino. El gran problema propuesto desde 1814 estaba en fin resuelto. El primer cañonazo del Bidasoa habia demostrado que el ejército de la Francia era tambien el ejército de un rey. Así la casa de Borbon, á pesar de las desdeñosas dudas de la Inglaterra, iba á pesar en adelante en la balanza de los negocios europeos.

El nuevo reinado se abrió bajo favorables auspicios, y la Duquesa de Berry, que habia tomado el título de *Madama*, encontró bien pronto en la ternura que la manifestaba el rey Carlos X, los medios de probar á la casa de Orleans el afecto que no habia cesado de profesarles.

No se habia olvidado que en tiempo del rey difunto, S. A. R. habia expresado dos deseos que no habian podido ser satisfechos: obtener el título de Alteza Real, ver convertir en ley el decreto que le habia reintegrado en la posesion de los antiguos bienes de su familia; tales eran las dos ambiciones del

duque de Orleans. La duquesa de Berry repitió con el rey Carlos X la negociacion que habia visto frustrada con Luis XVIII. Ella era la que llevaba las súplicas del palacio real á las Tullerías; pero es justo decir, que encontró en el rey Carlos X una gran disposicion á contentar á S. A. S. El duque de Orleans recibió en fin aquel título de A. R. que tanto habia deseado durante diez años, y la real bondad estendió este honor á su hermana y á sus hijos.

El otro negocio era mas difícil: alli no bastaba la buena voluntad del palacio; se necesitaba la sancion de las cámaras. La mayoría de la electiva era poco favorable al duque de Orleans: la mayor parte de la derecha conservaba contra él las prevenciones del difunto rey: ella pensaba que estaba ya bastante cerca del trono, encontraba su conducta equívoca, y creia distinguir al través del velo de sus protestas y sus ofrecimientos, una ambicion prudente, que marchaba con paso lento y por caminos cubiertos al fin que se habia propuesto.

Vióse entonces un curioso espectáculo. La familia real tuvo necesidad de conspirar, si es lícito usar de esta espresion, en favor del duque de Orleans, contra la derecha, que estaba próxima á desobedecer á la autoridad real en virtud de su adhesion á la monarquía. La oposicion contra el proyecto de ley, que aseguraba al primer príncipe de la sangre la posesion de su patrimonio, prometia ser tan fuerte, que el rey se vió obligado á buscar un medio que hiciese una especie de violencia moral á la cámara. Previno pues, á sus ministros inscribir, en el proyecto de su propia lista civil, la disposicion especialmente relativa al infantazgo de Orleans. El respeto que se tenia al monarca debia detener las bolas negras en una votacion en que se trataba de fijar sus pro-

pias rentas. Carlos X renovaba, con respecto al duque de Orleans, la generosa intervencion que habia intentado en su favor, cuando este príncipe se presentó en Lóndres, despues de haber abjurado sinceramente los extravios revolucionarios de su juventud. El le cubria con su manto real, presentándole á una cámara realista, como le habia cubierto con su benévola proteccion presentándole al rey su hermano.

Esta precaucion no bastó aun á las dificultades de la situacion y al celo de la familia real por los intereses del primer príncipe de la sangre. El duque de Orleans se hizo el cliente de la rama primogénita, que le tomó bajo su elevado patrocinio, y solicitó de cada miembro de la derecha, como una muestra de adhesion, el sacrificio de sus prevenciones y sus antipatías. El rey mismo, hizo llamar á las Tullerías á los diputados mas obstinados, y les dijo, en palabras terminantes, que le ofendian personalmente si deseaban el artículo concerniente á su primo Orleans. S. M. añadió, que consideraria como una injuria hácia su familia, todo ataque dirigido en la discusion de la lista civil, contra los antecedentes de un príncipe cuya actual fidelidad y adhesion á la autoridad real no podian ponerse en duda.

Al paso que el rey y la familia real obraban por su parte, M. de Villele trabajaba tambien por la suya. El insistía sobre todas las pruebas de arrepentimiento que el duque de Orleans habia dado desde 1792. Su conducta en aquella época habia sido, decia, consecuencia de un extravio de la juventud, y de la cual S. A. manifestaba en todas ocasiones un profundo dolor.

A pesar de tantas precauciones, una oposicion violenta se manifestó en la cámara de diputados. La derecha consideraba al duque de Orleans, como en

estado permanente de conspiracion contra la dinastía. La mancha de sangre real que su padre habia echado sobre su nombre, se le aparecia como una siniestra señal. Si la actitud del rey no la permitió atacar abiertamente al príncipe su primo, ella tomó la cuestion por un rodeo. Muchos oradores sostuvieron que la disposicion concerniente al infantazgo, no podia estar amalgamada en la lista civil. «Yo no querria sospechar, decia M. Bazire, que se hubiese colocado esta disposicion, asi reunida, á fin de hacerla pasar con mas facilidad en tan buena compañía.»

El artículo relativo al infantazgo fué votado sin embargo. Antes, y durante la discusion, el rey habia manifestado de una manera demasiado formal su voluntad, y la familia real se habia servido con suficiente habilidad de aquella seduccion de palabras, á la que es tan difícil resistir, para que la conspiracion urdida en palacio contra la obstinada adhesion de las cámaras, no fuese coronada por el suceso.

A pesar de todas estas gestiones, una minoría imponente se declaró contra el proyecto, y probó, que, sin la intervencion real, la ley sobre el infantazgo hubiera sido separada de la lista civil, y desechada. No habrian faltado á la cámara fundamentos los mas plausibles: como ya se ha dicho, Luis Felipe Igualdad, habia verificado un contrato con sus acreedores el 9 de enero de 1792. El 19 de abril de 1793, se secuestraron todos los bienes de la casa de Orleans. En el año XI, el estado verificó la validez de los títulos de los acreedores, reembolsó á la mayor parte de ellos, y se encontró asi sustituido en su caso y lugar. Los bienes recobrados de los dominios de la corona y restituidos al duque de Orleans actual, podian pues, justa y legalmente ser reivindicados en provecho del tesoro, á lo menos hasta la

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

equivalencia de las sumas pagadas por el Estado en descargo de su padre, las cuales ascendían á la cantidad de treinta y ocho millones.

Madama la Duquesa de Berry participó de la alegría que causó en el Palacio real el voto tan disputado del infantazgo de Orleans. Los lazos de intimidad que la unían á aquella rama de su familia, se habian estrechado aun mas despues de su desgracia, y sus recientes alegrías, pasado una vez el primer momento, habian sido tiernamente participadas, á lo menos en la apariencia, por aquella tia y aquel tio á quienes tanto amaba.

Por otra parte, nuevos beneficios aumentaban los deberes de reconocimiento de la rama menor, y la confianza de la primogénita. En seguida de la restitución de los bienes hecha irrevocable, habia venido la ley de indemnización, en la que el duque de Orleans no hubiera sido comprendido, si se hubiesen escuchado algunas voces desconñadas que se levantaron en el seno mismo de los consejos de la corona. Pero las benévolas gestiones de la Duquesa de Berry, y la voluntad del rey prevalecieron. De los mil millones destinados á los infortunios de los realistas despojados por las leyes revolucionarias, el duque de Orleans percibió catorce millones. Los gefes de la oposicion de la izquierda, que habian combatido vivamente el proyecto, imitaron el ejemplo de su alteza, y se aprovecharon de la ley que habian condenado. El duque de Choiseul se hizo liquidar por un millon y cien mil francos. M. de Liancourt por un millon y cuatrocientos mil; M. Gaetan de la Rochefoucault por cuatrocientos veinte y nueve mil francos: M. de Laffayette por cuatrocientos cincuenta mil francos.

Desde este momento, los espíritus atentos creye-

ron advertir que la oposicion que partía de los salones del Palacio real, se hacia mas viva y mas atrevida. La derecha pudo decir que sus previsiones estaban justificadas en los hechos. La fecha significativa de 1668 estaba reproducida sobre todos los semblantes y propuesta sin cesar. Los doctrinarios comenzaban á hacer de ella una bandera á cuyo rededor trataban de reunir todos los matices de la oposicion. El príncipe por su parte, dió ocasion á interpretaciones malévolas, con algunos socorros, que, sin duda en su pensamiento no estaban destinados sino á aliviar el infortunio que iban á buscar, y á satisfacer las generosas inclinaciones de su corazon: pero se encontraba por una notable fatalidad, que bajo las desgracias que el príncipe socorria, habia siempre una opinion hostil al gobierno. El acto de este género que hizo mas sensacion, fué el donativo de diez mil francos ofrecido por el duque de Orleans en la suscripcion, enteramente política, abierta para la dotacion de los hijos del general Foy. Por parte de palacio se hicieron algunas reconvençiones amigables sobre este objeto al Palacio real; pero se respondió que no era como príncipe, sino como amigo, el haberse suscrito el duque de Orleans; apoyando la prueba de esto mismo en la pequeñez del donativo de diez mil francos, al lado de muchas ofertas que, como la de M. Casimiro Perrier, se elevaban á la suma de cincuenta mil francos. Parecia, segun esta respuesta, que si el donativo era de un príncipe, á lo menos no era de una munificencia propia de su clase; el duque de Orleans, que se manifestaba por su firma, guardaba el incógnito por el valor del beneficio. Contentáronse en Palacio con esta excusa, á pesar de las observaciones de algunos servidores empedernidos, que pretendian que S. A. se servia de un

acto de economía, para disfrazar un acto de oposicion.

Esta ligera nube no impidió que en la solemnidad de la consagracion nuevos favores fuesen á buscar á la familia de Orleans. El duque de Chartres, el favorito de la Duquesa de Berry, recibió el cordon azul, y fué nombrado coronel de un regimiento de húsares de los que su padre era coronel general. En esta consagracion el duque de Orleans hizo brillar su adhesion de una manera notable, y Carlos X se conmovió á la vista de la espresion viva y entusiasta de un afecto en que creia, porque le habia merecido.

Sin embargo, hácia el fin del año de 1825 habo una cierta frialdad entre el palacio y la casa de Orleans. La perfecta inteligencia de las dos ramas cesaba luego que se trataba de la forma en que debia entenderse la gestion de los bienes de los príncipes. La rama primogénita creia, que para personas de sangre real, el dar era administrar. La rama menor tenia con respecto á esto ideas acaso no tan grandes, pero seguramente mucho mas exactas. Además, recorriendo documentos de familia, aquel formidable consejo contencioso que se ha visto organizado por S. A. desde los primeros días, habia encontrado unos pergaminos que parecian dar á la casa de Orleans derechos de propiedad sobre una grande estension de montes, lagunas, prados, dehesas y arboledas, de todo lo cual gozaban desde tiempo inmemorial trescientos pueblos del departamento de la Mancha. Una accion judicial se abrió inmediatamente contra treinta mil propietarios interesados en este debate. Ya se habian publicado con este motivo algunas memorias, y se habian dado algunos fallos, cuando Carlos X vivamente disgustado de la impopularidad aneja á estos procedimientos intentados por un príncipe de su casa contra los pueblos, manifestó al du-

que de Orleans claramente su descontento. Recordó-le en esta ocasion el desagradable efecto que habian producido en 1824 las diligencias que habia practicado contra la ciudad de París con motivo de la desecacion de las aguas de l'Oureq, y su obstinacion calificada de *invencible* por la comision nombrado por la ciudad á fin de terminar una contestacion tan dañosa para el comercio y la salubridad de la capital.

En virtud de estas observaciones, el duque de Orleans retiró la instancia entablada contra los pueblos de la Mancha. Pero esta gestion fué continuada por una compañía, á quien el príncipe hizo cesion de su derecho.

Mientras que la familia de Orleans acrecentaba asi por todos medios su inmensa fortuna, la Duquesa de Berry veia crecer su alegria y sus esperanzas con sus hijos.

Enrique Dieu donné habia permanecido durante sus seis primeros años en manos de las mugeres, segun el uso establecido para los hijos de Francia, y madama de Gontaut habia desempeñado con una gran superioridad las altas funciones que le habian sido confiadas. Anunciaba un caracter vivo, pero lleno de bondad, y una inteligencia, que desde sus primeros años se aplicaba á todo con una rara facilidad. Habiase inventado para él un medio de emulacion digno de la caritativa raza de que descendia: su buena conducta y su trabajo se recompensaba con bonos que pagaba su abuelo. El importe de estos bonos estaba destinado á vestir el dia de san Enrique seis ancianos y seis niños. Aun estaba en manos de las mugeres, y sabia ya guardar un secreto; lo que probó en una ocasion, en que para evitar á uno de sus sirvientes una desgracia, rehusó aun al rey, á quien temia, nombrarle el sugeto de quien habia aprendido

una palabra, que tenia un sonido asaz desagradable, y que el joven príncipe dejó escapar en un breve intervalo de impaciencia. Habia nacido, digámoslo asi, con instinto militar, y á los cinco años, en los dias de heladas, se complacia en ir á establecer su campo, como él decia, sobre la yerba del Eliséo Borbon, con su uniforme de granadero de la guardia, el saco, la cantimplora, todo el equipage del soldado: se encendia un gran fuego en el jardin, hacia cocer una marmita, y jamás dejaba de enviar de su rancho á su madre y al rey, que se divertian mucho con esta fineza de vivac. Un dia hirió por una travesura, con su sable, en la cara á uno de los criados de palacio: madama de Gontaut le pidió al momento el arma culpable: «No, respondió con toda la elevacion de su dignidad de cinco años, yo no entrego mi sable á una muger.» Y corrió á entregarle á el oficial de guardias que estaba algunos pasos de allí.

Estas anécdotas eran el encanto de la familia real, y la duquesa de Berry concebía nuevas esperanzas en aquella infancia semejante á la de Enrique IV, que se anunciaba por vivos é intrépidos ímpetus; se complacia en jugar á los soldados, y se entusiasmaba á la vista de una espada.

Habia llegado entretanto la época en que el príncipe debía pasar á manos de los hombres. El rey habia elegido por ayo al virtuoso duque Montmorency; pero la muerte vino á llevárselo antes de principiar á desempeñar aquellas funciones, que él llamaba *un inmenso y formidable peso, el espanto de su debilidad, y la perpétua ocupacion de su conciencia.* El duque de Riviere fué designado para reemplazarle.

El 15 de octubre de 1826 fué entregado Enrique en manos de su ayo: la escena fué solemne y tierna. Despues de la misa, la duquesa de Berry

condujo á su hijo al gabinete del rey. La vizcondesa de Gontaut que la acompañaba, tenia de la mano al jóven príncipe, y le llevó al lado de su abuelo. Entonces Carlos X dirigió estas palabras al duque de Riviere: «Duque de Riviere, os doy la mayor prueba de confianza y estimacion, entregando á vuestros cuidados la educacion del hijo de la providencia, que es tambien el hijo de la Francia. Estoy seguro de que usareis en estas importantes funciones de un celo y una prudencia, que os darán derechos á toda mi gratitud, á la de mi familia y á la de todos los franceses.»

Tres dias antes, madama de Gontaut habia dirigido al duque de Riviere una larga carta, que debe ser conservada como la espresion mas auténtica del punto á que habia llegado la educacion del duque de Burdeos, cuando fué confiado á los cuidados de su ayo.

«Monseñor el duque de Burdeos acaba de entrar en el sétimo año de su vida; dentro de pocos dias, mi querido duque, este precioso depósito pasará de mis manos á las vuestras. Con la mayor sabiduría ha establecido el antiguo uso la medida de las dos educaciones, atribuyendo á mi sexo el cuidado de preparar las facultades físicas y morales, al desarrojo importante que entra en las atribuciones del vuestro. Siguiendo los impulsos de mi corazon, he desempeñado con facilidad una mision para la que no son necesario grandes esfuerzos.»

«No tengo la vanidad de creer podais sacar mucha utilidad de las notas que me habeis pedido sobre el temperamento, el carácter y el método de educacion de nuestro jóven príncipe; yo no podria, sin embargo, rehusarme al placer de hablar de él, siendo tambien una satisfaccion para mí el pintar sus nacientes cualidades.»

«La salud de Monseñor el duque de Burdeos, es generalmente muy buena; no ha experimentado sino ligeras alteraciones, y se ha mejorado considerablemente de un año á esta parte. Yo atribuyo esta ventaja, á un régimen estrictamente observado.»

«Mi único método de educacion, ha sido una observacion continua, aprovechándolo todo para mejorar é instruir, y sin dejar jamás escapar el momento de un yerro, para traer el de la reflexion. Yo lo véia y oia todo, y nada ha podido ocultárseme. Los mas minuciosos pormenores han sido dirigidos por mi; los defectos mismos de las personas anejas á la educacion, eran vigilados; la menor adulacion reprimida, la verdad escrupulosa y severamente observada.»

«Monseñor y *Mademoiselle* me creen ciegamente, porque saben que jamás los he engañado, ni aun en chanza; en lo que he puesto el mayor cuidado y atencion. Una chanza que el espíritu de un niño no puede comprender, le embaraza, le quita el desahogo de la confianza, le humilla, y aun le irrita si llega á creer que ha sido burlado.

«Monseñor tiene aun mas necesidad de estas consideraciones, que la mayor parte de los niños; la rectitud y la generosidad de su carácter, le inclinan á tomarlo todo con seriedad. Cuando cree advertir que se causa molestia á alguno, aquel que le parece oprimido, se hace entonces el objeto de su mas vivo interés: él toma su defensa con calor, y no economiza las reconvenciones aun á las personas que mas ama: muestra aun en estas ocasiones, una energía que contrasta con la timidez natural de su carácter. Con un niño semejante, yo he debido evitar cuidadosamente hasta la sombra de una injusticia.»

«Ama con una estrema ternura á *Mademoiselle*; es dulce, atento, complaciente con ella: yo he evitado siempre entre SS. AA. RR. las pequeñas contestaciones de la niñez; por poco importantes que parezcan á primera vista, ellas producen el hábito de las disputas, que insensiblemente concluyen por agriar su carácter.»

«He tratado de libertar á SS. AA. RR., en cuanto me ha sido posible, del peligro de los caprichos, no permitiendo retroceso sobre una decision tomada ya, y ateniéndome invariablemente á las que ellos habian anunciado.»

«Será necesario tiempo, amistad y ternura para obtener la confianza de Monseñor. Los rasgos de su rostro me indican el estado de su alma: habla poco de lo que experimenta, tiene mucha sensibilidad, pero un poder sobre sí mismo, notable en su edad: le he visto padecer sin quejarse.»

«Han sido palpables los esfuerzos que ha hecho para superar una timidez, que yo me he dedicado particularmente á vencer, consiguiendo hacerle comprender la necesidad en un príncipe, de hablar á los extraños con un aire noble, grácioso é inteligible. Este cuidado me ha ocupado constantemente, y los progresos que se han tocado este año durante el viage á Saint Cloud, se deben á su tierna sumision hácia mí, y al deseo incesante que me manifiesta de seguir mis consejos.»

«Las lecciones de S. A. R. han sido frecuentemente públicas, para las personas que me han manifestado deseos de asistir á ellas. Monseñor ha adquirido en ellas desenvoltura y seguridad, y yo he encontrado la ventaja de hacer conocer, en cuanto ha sido posible, la justicia de su espíritu, y una docilidad tanto mas notable, cuanto está unida á una es-

LIBRERIA ALFONSIANA

trema petulancia, que puede mirarse como su único defecto, y que se ha manifestado desde la cuna. Yo me he dedicado á evitarla, ó á lo menos á terminar prontamente sus pequeños accesos. Monseñor cede siempre á una buena razon, y jamás ha resistido á la inexorable firmeza que he creído deber emplear como base indispensable de una educacion sólida.»

«No pocas veces he visto á Monseñor, en medio de una de sus vivacidades, contenerse con una sola mirada: una sola palabra de amistad apacigua su cólera, y frecuentemente he tenido que consolarle de un error que me confesaba con franqueza. Me he aplicado siempre á quitarle todos los medios, todos los pretextos de ocultarme sus faltas: una mala vergüenza conduce imperceptiblemente al disimulo y á la mentira. Tengo la felicidad de afirmar, que el príncipe es ingénuo hasta el escrúpulo. He creído necesario, en razon de la viveidad de su carácter, y del alto destino que le espera, obligarle á reflexionar antes de obrar. La palabra justicia es un verdadero encanto para él: no he visto jamás un corazon mas noble.»

«Respecto á la educacion que deja Monseñor, creo de mi deber dar una esplicacion exacta y literal de los conocimientos adquiridos hasta el dia, y en el caso, mi querido duque, de que deseais seguir en sus mas pequeños pormenores, desde trece meses, la educacion pasada del precioso niño que vá á seros confiado, tended la vista por el diario que se ha hecho escribir á cada maestro, y en el encontrareis el bien y el mal descritos dia por dia, con la mas minuciosa verdad.»

«Es de mi deber hacer justicia á las personas á quien he encargado ayudarme en la educacion de Monseñor y Mademoiselle, y pueden te-

ner tambien la satisfaccion de haber llenado altamente su deber. Les es debido este testimonio, tanto mas, cuanto los admirables progresos obtenidos por SS. AA. RR., han sido sin perjudicar su salud, y aun sin molestarles. Las lecciones cortas, animadas, tan interesantes como alegres, ocupando á la vez el espíritu y la vista, la memoria y la inteligencia, estaban separadas por largas recreaciones.»

«Un príncipe niño, espuesto á ser alabado, corre el riesgo de creerse un prodigio. Para obviar este inconveniente, Monseñor y Mademoiselle celebran frecuentes reuniones de niños de su edad, por cuyo medio he tratado de darles el hábito de ver sucesos sin envidia, y de obtenerlos sin vanidad. Yo he puesto un particular cuidado en no admitir en la intimidad de los estudios y de los juegos, sino niños bien educados; aun aquellos de que estaba mas segura, eran atentamente vigilados; tan necesario es verlo y oírlo todo, porque nada en la educacion es indiferente, y el ejemplo es de una consecuencia inmensa. Esta vigilancia es sin duda fatigosa para un ayo, porque es de todos los instantes; pero yo la encuentro de tal importancia, que jamás me he permitido una negligencia en este deber.»

«En todas ocasiones he tratado de conducir el espíritu de Monseñor el duque de Burdeos, hácia la moral y la religion; yo me servía de ellas como de un freno, y se las he presentado como una esperanza, pero me ha parecido que su tierna edad no permitia aun la enseñanza de sus dogmas. Con el asentimiento del rey y de madama, he hecho principiar solamente por el catecismo, reservando á manos mas hábiles una tarea que les conviene esencialmente.»

«He tenido un escrúpulo, que puede parecer

minucioso, y como tal lo confieso: este es el de no haber permitido jamás á nadie quedarse á solas con este precioso niño; habíame impuesto una ley constante, de tener entre ambos un testigo noche y día, en las lecciones, las reprensiones, los castigos: me parecía que yo respondía á cada francés de este hijo de la Francia.»

«He querido siempre poder ser juzgada; tan sinceramente he tratado de llenar mi deber con respecto á la familia real, que se habia dignado darme un testimonio tan lisonjero de su confianza. Mi carácter naturalmente pronunciado, se habria prestado difícilmente á los consejos de cada uno; pero pensando que todo francés considera este niño como su hijo propio, lejos de herirme las advertencias que se me hacian, me consideraba feliz en adoptar para el bien, una idea que yo no habia concebido.»

«Tiempo es ya, mi querido duque, de terminar esta larga carta, en la que he tratado de bosquejaros ingenuamente la primera educacion de nuestro querido príncipe. Mi mision está concluida: lo pasado nada es para mí; en el porvenir es donde yo busco y entreveo un gran príncipe. Séalo pues este querido niño! ¡ojalá responda al prodigio de su nacimiento, y á todos nuestros votos! Qué sea piadoso sin supersticion, sábio sin orgullo, que saque su fuerza de su nobleza y su sabiduría! Pueda en fin, ser un día vuestra gloria y el honor de la Francia.» «La vizcondesa de Gontaut.»

Es interesante reunir á la distancia de ocho años, los gérmenes de las cualidades con su desarrollo, las promesas con sus efectos, Enrique Dieu donné joven, con Enrique Dieu donné niño.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

MEMORIAS

DE S. A. R. LA DUQUESA DE BERRY.

LIBRERIA ALFONSO